

APUNTES EN TORNO A *LA MONTAÑA MÁGICA*

Guillermo Aguirre Martínez¹

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Resumen: Época de disonancias, ruptura de modelos, ascensos y decaimientos, la Europa de principios del pasado siglo XX experimentó una multitud de cruces de horizontes que tambalearon las creencias consolidadas hasta el momento. Dimensiones esenciales para el equilibrio y la orientación del individuo tales como el tiempo, el espacio o la propia conciencia del ser quedaron desfiguradas ofreciendo aspectos hasta entonces apenas sospechados. A través de las páginas de *La montaña mágica*, Thomas Mann proyectará estos conflictos enterrando los elementos carentes de fundamento y vivificando, reivindicando, aquellos otros generadores de vida y riqueza espiritual cuyos orígenes residen en uno de los aspectos más preciados del ser humano, el deseo, el apego hacia la verdad, hacia lo bello.

Palabras clave: Thomas Mann, narrativa alemana, *La montaña mágica*.

Abstract: Time of very dynamic changes and breaking with existing models, the Europe in the early XX century will see the expiry of an identity for a long time consolidate. Essential dimensions for the balance of the individual like time, space and consciousness of the Self, become meaningless and were replaced by new ethical models unknown until that time. In *The Magic Mountain*, Thomas Mann shows all these problems burying obsolete ways of living and claiming a new way of thinking in accordance with one of the most fundamental values of being human, the love of the truth, of the beauty.

Keywords: Thomas Mann, German narrative, *The Magic Mountain*.

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

0. INTRODUCCIÓN

Thomas Mann solía mencionar que la mayor parte de sus grandes novelas tendían a desbordar las intenciones que él mismo pretendía realizar, hasta el punto de que la obra comenzaba a adquirir voluntad propia acabando finalmente por desligarse de él. Sin entrar a analizar esta afirmación, al menos la tendremos lo suficientemente en cuenta como para ceñirnos a aspectos puramente literarios a la hora de comentar algunas cuestiones de *La*

¹ Guillermo Aguirre Martínez es doctor en Estudios Interculturales y Literarios por la Universidad Complutense de Madrid con una tesis sobre el universo imaginario de José Ángel Valente y con Premio extraordinario de doctorado (2012). Sus investigaciones en torno a cuestiones de estética han sido presentadas en numerosos congresos nacionales e internacionales, así como publicadas en más de una treintena de revistas científicas de ámbito académico tales como *Analecta Malacitana*, *Acta Literaria*, *Ars Bilduma*, *Castilla*, *Çedille*, *Estudios Filológicos Alemanes*, *452°F*, *Cuadernos de Rusística Española*, *Fedro*, *Arte*, *Individuo y Sociedad*, *Eikasía*, *Tonos*, *Oceánide*, *Ogigia*, y un largo etcétera. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad de Edimburgo y en París 3-La Sorbonne, centrándose en el estudio de la simbología aplicada a las artes y en las relaciones entre arte y poder, materias sobre las que han sido aceptados trabajos de inminente aparición en revistas como *Rilce*, *Cauce*, *Hispanófila*, *América / Cahiers du Criccal*. Entre la lista de creadores sobre los que recientemente ha trabajado cabe destacarse a Juan Eduardo Cirlot, Hugo Mujica, Ernst Jünger, León Bloy, Juliana de Norwich, Jorge Oteiza, Anish Kapoor o Tony Cragg. Actualmente compagina su labor investigadora con la creación literaria y ensayística. Este mismo 2014 será publicada su novela *Rayo oscuro de luz* (Ediciones Oblicuas), así como su poemario *Bifronte* (Groenlandia).

montaña mágica, motivo por el que dejaremos de lado, en la medida de lo posible, hechos puramente biográficos.

Las novelas de Mann usualmente se han definido como sinfonías de ideas, siendo la que nos ocupa el mejor exponente de dicha afirmación. La obra está estructurada mediante una secuencia de ideas encarnadas por medio de diversos “caracteres y situaciones que simbolizaron la vida contemporánea” [URIZARTE 1959: 23]. Este cúmulo de ideas, a su vez, resultará absorbido, rechazado y ordenado por el vivaz Hans Castorp, protagonista de la narración. A lo largo de la obra, una cadena de concepciones filosóficas se irán sucediendo sin que ninguna de ellas llegue a prevalecer de modo rotundo. Castorp, en cualquier caso, será el único personaje que logrará dotar de cierta consistencia a dicha serie de nociones abstractas que revuelan a su alrededor. En este sentido, la obra se asemeja bastante a una novela de formación, dado que el protagonista se servirá de toda una serie de experiencias con el fin de ir moldeando su personalidad, logrando así conciliar los diferentes puntos de vista y, no menos importante, ponerlos en práctica. Este aspecto, la llamada a la acción, constituye uno de los motivos centrales de la obra; la acción como modo de vida, acción no solo física sino también de pensamiento, de espíritu; esto es, la continua transformación de uno mismo y de nuestro mundo particular como modo adecuado de desarrollo humano. Por este motivo, resulta inútil buscar una personalidad victoriosa, al margen de la de Castorp, en esa interacción de relaciones que nos muestra la novela. No observamos un vencedor en esta constante dialéctica de ideas. Por así decirlo, el espíritu que busca la verdad no se engrandece una vez que consigue encontrarla, sino que uno se engrandece a sí mismo por el hecho de buscarla, por tensarse de tal manera que la búsqueda se convierta en una fuerza vital y no en una energía estática. Toda la aparente amalgama de pensamientos que se despliega a lo largo de la novela se ordena en función de esta idea, pese a que se desarrolla a través de una serie de irregularidades que permiten un acercamiento a la obra desde múltiples honduras y perspectivas. A continuación, observaremos estos pliegues a través de distintas

dimensiones básicas a la hora de atender a la estructura de la obra.

1. TIEMPO, ESPACIO Y DIMENSIÓN DEL SER EN EL SANATORIO DE DAVOS

Con la novela accedemos a dos esferas básicas en lo relativo a cada una de las dimensiones estudiadas, a saber, una interior y otra exterior, o lo que es lo mismo, una al margen de los acontecimientos físicos, y otra sometida a éstos. Estas dos caras de una misma realidad habrán de complementarse con el fin de no resultar estériles e ineficaces. Es decir, la acción por la acción o la reflexión por la reflexión no se sustentarán sobre sí mismas sino que lo harán la una sobre la otra, modelo tal y como menciona Walter Benjamin, precisamente gran conocedor de la *Bildungsroman*, cuando indica que “se entiende, pues, por reflexión el transformador -y nada más que transformador- reflexionar sobre una forma” [BENJAMIN 2006: 24]. En esta sutil definición sobre la reflexión activa, encontramos, precisamente, el concepto de cultura como transmisión activa de valores humanos. A través de su recorrido iniciático por el sanatorio, Castorp habrá descubierto la dimensión interior de lo real, así como, finalmente, la necesidad de concretizar la interioridad sobre la forma cambiante de los hechos objetivos.

Estudiaremos a continuación este rostro bifronte de la naturaleza en relación con las tres dimensiones que aquí tratamos: tiempo, espacio y existencia.

1.1 Tiempo

En varias ocasiones a lo largo de la novela el narrador hace referencia a la inexistencia de temporalidad en la vida del sanatorio de tuberculosos donde transcurre la acción. Sin embargo, no resulta extraño que hallemos momentos en los que el tiempo se adhiere sofocantemente a la piel de los

personajes convirtiéndose en una carga demasiado incómoda y consciente como para ser soportada sin derivar en hastío. Las diferentes manifestaciones temporales existentes en *La montaña mágica* resultan potencialmente infinitas. No obstante, podemos reducirlas a la existencia de un tiempo objetivo, el tiempo del reloj, y otro subjetivo experimentado en mayor o menor medida por los diferentes personajes que pueblan la novela.² El individuo, sometido físicamente a la esfera del devenir temporal, se mostrará capacitado para oponer a dicho incesante transcurrir una sucesión suspendida entre el pasado y el futuro, que encuentra en esta duración interna la libertad a la que una y otra vez aludirá Henri Bergson alrededor de la época en que transcurre la obra de Mann:

“Cuando yo sigo con los ojos, sobre la esfera del reloj, el movimiento de la aguja que corresponde a las oscilaciones del péndulo, no mido la duración, como parece creerse; me limito a contar simultaneidades, que es muy diferente. Fuera de mí, en el espacio, no hay nunca más que una posición única de la aguja y del péndulo, porque de las posiciones pasadas ya nada queda. En mi interior prosigue todo un proceso de organización o de penetración mutua, que constituye la duración verdadera” [BERGSON 1963: 126].

² La diferencia entre ambas concepciones temporales la aclara de modo sencillo Henri Bergson con la siguiente explicación: “Es verdad que contamos los momentos sucesivos de la duración, y que, por sus relaciones con el número, el tiempo se nos aparece primero como una magnitud mensurable, completamente análoga al espacio. Pero hay que hacer aquí una importante distinción. Digo, por ejemplo que acaba de transcurrir un minuto y entiendo por esto que un péndulo, que marca los segundos, ha ejecutado sesenta oscilaciones. Si me represento sesenta oscilaciones de un golpe y por una sola percepción del espíritu, excluyo por hipótesis la idea de una sucesión, pienso, no en los sesenta segundos que se suceden, sino en sesenta puntos de una línea fija, cada uno de los cuales simboliza, por decirlo así, una oscilación del péndulo. Si, por otra parte, quiero representarme estas sesenta oscilaciones sucesivamente, pero sin cambiar nada en su modo de producción en el espacio, deberé pensar en cada oscilación excluyendo el recuerdo de la precedente, porque el espacio no ha conservado de ella ningún rasgo: pero por esto mismo me condenaré a permanecer sin cesar en el presente; renunciaré a pensar una sucesión o una duración. Y si, en fin, conservo junto a la imagen de la oscilación presente, el recuerdo de la oscilación que la precedía, ocurrirá una de estas dos cosas: o yuxtapondré las dos imágenes, y recaeremos entonces en nuestra primera hipótesis; o percibiré la una en la otra, penetrándose y organizándose entre sí como las notas de una melodía, de manera que formen una multiplicidad indistinta o cualitativa, sin ninguna semejanza con el número: obtendré así la imagen de la duración pura, pero también me habré desprendido de la idea de un medio homogéneo o de una cantidad mensurable” [BERGSON 1963: 123-124].

El primero de ellos, en cambio, el devenir cronológico lineal, es el único de los tiempos de la novela que permanece constante, que no gira ni se retuerce sobre sí mismo, que no se detiene ni mucho menos retrocede. En cualquier caso, parece inútil delimitar un conjunto de vivencias temporales potencialmente inabarcables, más aún si la conclusión apunta a que sólo la acción se sitúa por encima del tiempo logrando incluso vencerlo. De este modo, ante el certero goteo de segundos, es ella, la actividad, quien se eleva como movimiento dentro del tiempo, quien va a jugar con él, dentro de él.

Continuando con lo relativo a la temporalidad lineal, puede indicarse que no resulta posible realizar una lectura de la obra de Mann sin advertir en sus páginas el tránsito de una concepción temporal a otra, no sólo en lo relativo a cuanto experimentará cada uno de los personajes, sino también a cuanto concierne al salto de un periodo histórico a otro. La evolución experimentada por Castorp no es sino la posibilidad abierta de llevar a cabo una reordenación, un nuevo equilibrio, entre una polaridad de concepciones vitales enfrentadas entre sí cuya síntesis certera podría condensarse en el enfrentamiento entre lo técnico y lo humano, comprendido este último desde una falsa identificación con lo natural. El tiempo, lejos de resultar un fenómeno objetivo, se presenta ahora como un elemento cuya naturaleza resultará transformable en la propia interioridad de cada ser. Hablamos aquí no ya sólo del individuo sino de la historia como movimiento colectivo.

La envergadura de esta nueva concepción resulta colosal en la medida en que la existencia se pasa a medir desde su densidad interior y no ya desde su mera cuantificación. Mann nos presentará esta alteridad desde su naturaleza más destructiva, Naphta, quien sucumbe ante el progresivo ordenamiento técnico de la sociedad, ante una especulación incapaz de complementar razonamientos, en principio, opuestos; así como desde su naturaleza más conciliadora, Hans Castorp, cuya capacidad sintética le permitirá encarar con confianza el futuro poniendo así en práctica las enseñanzas recibidas por parte de Settembrini, el elemento catalizador, el humanista concededor de la necesidad de resolver procesos dialécticos

y de ponerlos en práctica, como necesidad urgente, fuera del sanatorio en el que los personajes desarrollan sus existencias.

Desarrollo racional y desarrollo espiritual posibilitan su hermanamiento alcanzando incluso uno de los conceptos *a priori* kantianos, el tiempo. La ruptura, por así llamarla, con el concepto cronológico imperante hasta el momento -al menos desde la racionalización progresiva del ser-, resultará un descubrimiento fundamental del periodo de cambios experimentados en Occidente antes y después de la Gran Guerra. El tiempo, como en los cuadros de Dalí, se torna entonces plástico. El reloj se refleja sin manecillas y, en su conjunto, se produce un ahondamiento sustentado sobre el mayor subjetivismo con que se presenta el individuo, la historia y la propia naturaleza. Es el salto de Newton a Einstein, del héroe clásico al cubismo individual simbolizado con el advenimiento del psicoanálisis.

En función de estas nuevas concepciones extensibles a toda la esfera de lo real, situándonos en la orilla opuesta a aquel goteo cronológico cuyo signo demoledor es el reloj, podremos observar cómo la vida humana, en los momentos en que el individuo permanece adherido a una pasividad vital, quedará suspendida pero sin densidad alguna, sin posibilidad de enriquecerse mediante la experiencia que aguarda fuera, importando realmente poco la duración cuantitativa de cada uno, pues no se dará un salto cualitativo en el grado de saturación de la existencia. En la obra, el tiempo interior únicamente va a fluir cuando a él quede ceñido un consciente pulso vital. Por supuesto, fluir no significa únicamente ir hacia adelante, sino que ese devenir se va a dispersar a través de multitud de sentidos y direcciones en función de las demandas de los propios protagonistas. En cambio, cuando el temor o la pasividad gobiernan a estos mismos personajes, el devenir temporal no será comprendido sino como tiempo estancado, como tedioso sentimiento de muerte, mientras, por otra parte, las manecillas del reloj continúan con su infatigable movimiento. La liberación temporal, en *La montaña mágica*, no es otra cosa que el triunfo de la vida, el ritmo germinativo, tiempo consciente de maduración, mientras que esa otra existencia, la

imperante en el sanatorio, no dejará de ser adelante de la muerte.

Las diferentes concepciones temporales registradas en la novela, según lo comentado, apuntarán a la integración entre una dimensión objetiva del ser y una dimensión subjetiva, la una como fenómeno empírico, la otra como liberación del individuo. El avance histórico, se comprende desde sus páginas, aboca al ser humano a una tecnificación exagerada, pero es precisamente por ello que la liberación y el esfuerzo individual deben perseguirse con más perseverancia. “Los giros de las épocas -señalará Ernst Bloch-, son las épocas juveniles de la historia, es decir, se hallan objetivamente ante las puertas de una nueva sociedad que asciende, de la misma manera que la juventud se siente ante el umbral de un día todavía intacto” [BLOCH, 2007: 152]. Esta transformación, en fin, quedará encaminada a un permitir que el espíritu respire, a un resquebrajar nuestra naturaleza esclerótica, condicionada por nuestro espacio histórico, para posibilitar el libre brote del espíritu y acabar así con la esclavitud a la que había quedado sometido mediante el encorsetamiento técnico. Un eco atroz se anuncia en esta búsqueda, los apocalípticos presupuestos teóricos del nazismo y los nazismos, surgidos ideológicamente ya a inicios de la centuria; pues el cambio ontológico, simbolizado en la novela desde el desvelamiento de la duración interior frente al saturnino devenir temporal, se perseguirá salvajemente con la inmolación masiva de la raza: Naphta³.

El individuo, frente a esta perspectiva deshumanizadora, recuperará el sentido interior de la realidad, no sólo del espacio o del tiempo, sino de todas y cada una de sus acciones, confrontándolas con el mundo exterior pero manteniendo a su vez el propio ritmo interno, quedando así armonizada la vida humana con una historia comprendida como el marco necesario para la realización completa del ser humano. Sin ésta no habrá posibilidad de desarrollo, y pese a que la historia se presenta como trágica y devastada por este tremendo conflicto entre la razón y naturaleza, el sentido definitivo, libre ya de todo sentimiento trágico,

³ “La congelada pasión de Nafta, por su parte, desprecia al individuo para encuadrarlo en las legiones de siervos de la obediencia total, conducidos a la aceleración del fin, que ya anticipa la figura del líder comunista y del líder nazi” [VILLACAÑAS 1995: 184].

pertenecerá sólo al individuo: “La realidad no está completa sin posibilidad real, y el mundo sin propiedades grávidas de futuro no merece, como tampoco el pequeño burgués (aquel que se vende a lo cuantitativo de nuestra sociedad), ni una mirada, ni un arte, ni una ciencia” [BLOCH, 2007: 268].

1.2 Espacio

Pese a que la concepción espacial no sufrió un cambio tan traumático como la temporal en este periodo de principios de siglo en el que se gesta la obra de Mann (a excepción de que nos situemos en aquel plano histórico dominado por la fragmentación de los diferentes imperios, enclave desde el que se originará el concepto moderno de nación), encontramos en *La montaña mágica* dos emplazamientos óptimos para tratar este tema desde la dualidad aquí presentada, es decir, desde la existencia en primer lugar de un espacio de reclusión al margen del desarrollo histórico y, por otro lado, desde un espacio abierto a aquella realidad común al resto de las gentes, marco ineludible desde donde el individuo será capaz de desarrollarse en su completitud mediante una participación activa en los acontecimientos de su época.

Los peligros que se habrán de sortear dentro de esta inmersión del ser en la historia serán constantes, pues de no ir acompañados de una libertad interior capaz de compensar la desmesurada racionalización propia de los tiempos, será fácil quedar enredado en el entramado técnico que domina la existencia, corriendo el hombre el riesgo de convertirse en un elemento más dentro de la gran cadena de un mundo cuantificado. Por el momento, no obstante, observaremos el modo en que la vida se desarrolla dentro del sanatorio en el que transcurre la acción.

Como se ha señalado, el emplazamiento de la novela se sitúa en un sanatorio de tuberculosos. Pese a que este lugar no deja de ser simbólico, cabe indicar que fueron varias las ocasiones en las que Katja Pringsheim, esposa de Mann, tuvo que acudir a este tipo de centros con vistas a

cuidar su delicado estado de salud. El autor aprovechó la visita que hizo a Katja durante el verano de 1912, fecha en que comenzó a escribir la obra, para tomar nota de todo cuanto podía serle útil con vistas a un trabajo que pretendía mostrar un mundo enfermo, un mundo en el que la gente comenzaba a optar por aislarse de su entorno, por dividirse según distintas particularidades y guarecerse tras una vida cómoda que anestesiasen aquellas pulsiones propias de la época en particular y de la naturaleza humana en general. No será, no obstante, la enfermedad la que consiga atrapar al hombre, sino que es, como afirma el humanista Settembrini, el mismo hombre el que busca con su proceder la enfermedad y se anquilosa en ella, consciente o inconscientemente, de modo que queda sumido en un estado del que le resulta difícil lograr escapar. Parecemos escuchar aquí la voz de un Schopenhauer⁴ de tanta influencia en nuestro autor. Quien entra en el sanatorio difícilmente sale, y el que sale lo hace para morir una vez que regresa a la vida. La atracción de lo enfermizo resulta tan abrumadora que incluso Hans, con todo su fervor vital, sucumbirá finalmente a esa inercia, a esa dejadez adquirida a base de una poderosa costumbre ante la que toda vida acaba por ceder. Sólo una inconmensurable fuerza externa, la guerra, comprendida en esa primera mitad de siglo como defensa de unos valores -suele hablarse de la I Guerra Mundial como la última guerra de occidente regida aún por un sentimiento idealista-, logrará sacar a Hans de su letargo, de esa pasividad en la que permanecía aislado del mundo; una pasividad, el sanatorio, que ocultará a sus habitantes el devenir temporal, la vida, la muerte incluso, que les tornará incapaces de percibir la corrupción física y psíquica en que han ido cayendo: “En el decadente universo de mi *Montaña mágica*, -escribirá Mann en agosto de 1914 en carta a Samuel Fischer- la guerra de 1914 debe irrumpir a modo de solución. Esto lo tuve claro desde el mismo instante en que empezó

⁴ “Todo fenómeno de la voluntad, también el que se presenta en el organismo humano, sostiene una lucha duradera contra las muchas fuerzas físicas y químicas que, en cuanto ideas inferiores, poseen un derecho anterior sobre aquella materia” [SCHOPENHAUER 2004: 200].

todo” [KURZKE 2004: 257]⁵.

Este simbólico encierro, este dar la espalda no sólo a la sociedad sino también a la historia, se comprenderá, en consecuencia, como un encierro en vida, como un rehuir todo aquello que se le ofrece al individuo para alcanzar un desarrollo integral. El sanatorio se presentará a modo de urbe moderna, de espacio cotidiano cuyos moldes y estructuras no resultan ya maleables. En función de esta rigidez propia del espacio moderno, el ser humano no encontrará la posibilidad de participar en la mejora y la construcción precisamente de ese espacio en el que transcurre su existencia, quedando consecuentemente él mismo imposibilitado de ampliar los límites de su propia naturaleza. Este espacio simbolizado por el sanatorio llegará, pese a todo, a cobrar algo de maleabilidad -tornándose así en lugar regenerativo- en aquellos momentos en que el propio Hans Castorp decide actuar y hacer de dicho emplazamiento un lugar dinámico y apto para la vida en comunidad.

La conducta de Hans en estos momentos de esperanza se va a corresponder con la de aquel héroe anónimo que, ordenando el mundo en que vive, dinamizándolo, consigue transformarse a su vez a sí mismo. Será ésta una labor constante, pues la tendencia común quedará inclinada hacia la pasividad en la medida en que, en cierto modo, el mundo, como señalamos líneas atrás, permanece cerrado sobre sus propias estructuras internas, unas estructuras consolidadas que, en apariencia, ya sólo habrán de mantenerse -dejándose así de lado la participación común en la reconstrucción diaria de ese espacio anquilosado-, requiriéndose para esta última labor no ya de la mano del hombre sino simplemente del uso de la técnica, de una técnica que, llegado el caso, comprenderá a ese mismo individuo como maquinaria sin más, como elemento al servicio de la mecanización masiva.

El sanatorio, desde esta perspectiva, será un microcosmos, una cristalización grosera de todo aquello en que se ha convertido el mundo

⁵La presente carta, según menciona Hermann Kurzke en su biografía sobre Mann, “contiene ya algunas de las tesis posteriormente retomadas en las *Reflexiones durante la guerra*: que está harto de un mundo en paz, que se siente invadido por un ‘sentimiento de depuración, elevación y liberación’, que a los alemanes no podría haberles sucedido nada más grande y feliz que la circunstancia de que el mundo entero se haya alzado contra ellos” [KURZKE 2004: 257].

moderno; un mundo inhumano y desequilibrado en la medida en que la técnica ha suplantado al individuo. Por su parte, la aventura bélica con que se cierra la novela se presenta, en contrapartida, como campo de batalla desde el que el individuo aún podrá aspirar a dotar de orientación, de sentido, a aquella misma sociedad corroída ya desde sus cimientos, desde sus concepciones básicas de existencia. En este mismo aspecto resultan aclaratorias las palabras de Ernst Jünger extraídas de su ensayo sobre el trabajador. Jünger señala en él “la necesidad de unos órdenes nuevos en los que esté incluido lo extraordinario -de unos órdenes no calculados sobre la base de la exclusión de lo peligroso, sino engendrados por unos nuevos desposorios de la Vida como Peligro” [JÜNGER 2003: 61].

La guerra será un fiel retrato de cuanto puede ofrecernos esta vida, un campo de batalla con sus periodos de reposo y con sus miserias, con sus tristezas y sus recuerdos; en su actividad se esconde, en grado desmesurado, la respuesta de una naturaleza humana que demanda su actividad para encontrar un sentido a su propio acontecer, pues, parece claro, cuanto queda una vez robado el fuego de los dioses no es sino tratar de conciliar los aspectos más enfrentados de nuestra fáustica naturaleza.

1.3 Dimensión del ser

Resulta destacable que, en la época en que fue escrita *La montaña mágica*, los descubrimientos de Freud además de algunas doctrinas naturistas se estaban dando a conocer en diferentes países de Europa. La visión que recoge en su novela Thomas Mann guarda estrechas relaciones con las ideas manifestadas tiempo atrás por Schopenhauer, alusivas a la comprensión de la enfermedad como algo consustancial al carácter de cada individuo y a su relación con el medio en el que habita. La enfermedad, de acuerdo con Mann, no sería otra cosa que la somatización de una degeneración individual y social, una corrosión del espíritu o,

más claramente, una falta de espíritu provocada por ese vacío o frío depositado sobre el pecho de la humanidad. Como afirma Settembrini, puede suponerse que esa dolencia se encuentre en estado latente y sólo a partir de un determinado momento florezca. Ese momento en el que la enfermedad pulmonar se torna patente, no será ya sino un posterior e inextricable desenlace del auténtico mal, aquel que subyace en forma de un aislamiento social del individuo que en nada se corresponde con su naturaleza. Ante esta situación, la enfermedad no deja de ser sino una reacción del cuerpo, una protesta de la naturaleza humana, la cual se revolverá contra el individuo atacándole con el fin de que le devuelva a una vida activa y no recluida sobre sí misma. Todo esto presupone que, mientras hay enfermedad, existe sensibilidad, existe una intuición del ser que se rebela ante una agresión ajena a su condición humana. No obstante, puesto que toda lucha tarde o temprano tiene un vencedor y un derrotado, muchos de los personajes de la novela acabarán por sucumbir, en tanto que otros terminarán por acostumbrarse a una vida marginal carente de estímulos y de motivaciones ajenas a su escasa individualidad. Esta aparente desaparición de la enfermedad no es otra cosa que la claudicación por parte del espíritu de seguir luchando, la victoria, por lo tanto, de la dolencia original.

Desde esta visión de la naturaleza, con la oposición entre lo latente y lo patente designamos aquí una misma fuerza que va a producir efectos negativos o positivos en función del grado de equilibrio con que se maneje aquélla. No es tan sólo la enfermedad la que va a aparecer o desaparecer como por arte de magia, sino que existe un estado anterior a esa enfermedad que igualmente permanece oculto a la espera de una distensión que le permita cristalizar. Esta distensión, este descuido de ciertos valores sin los cuales el hombre se encuentra imposibilitado de todo desarrollo, es la misma que va a encontrarse Hans a su llegada al sanatorio, quien al instante se percata de esa carencia de conciencia sacra, de sentido de humanidad, que el propio protagonista tratará de no llegar a perder, tal y como podemos observar en determinados momentos en los que decide preocuparse personalmente por aquellos enfermos en

estado terminal que permanecen en el hospital encerrados en sus habitaciones, ocultados como algo repugnante y necesario de esconder con el fin de no perturbar la artificial tranquilidad del sanatorio. Se trata, como vemos, de un estado de dejadez que Hans descubrirá para su desconsuelo en la mayoría de sus compañeros y cuya manifestación se apreciará en cada una de las acciones de aquéllos, en sus modos de hablar, de saludar, de comer.

El propio Hans, según anunciábamos, quedará igualmente atrapado en esa apatía de la que el humanista Settembrini va a tratar de alejarle en todo momento. Ese abandono que en un principio él mismo reprochó a sus compañeros, va a ser el que ahora sufra en su persona anestesiándole frente a la realidad circundante. Mann, conviene indicar, hace hincapié en que la conciencia social que él mismo exige a sus personajes no puede provenir en ningún momento de un sentido de deber, sino de un llegar a comprender el porqué de esta necesidad, de un llegar a sentirla arraigada a uno mismo. Así, la actitud de otro de los personajes, Joachim, primo de Hans, será un claro ejemplo del cumplimiento por mera obediencia, al presentarse como un individuo que sigue con disciplina unas reglas inculcadas -como militar que es- pero no asimiladas. Nada que ver con las acciones emprendidas por Hans, más verdaderas en cuanto nacidas del deseo, del libre espíritu; motivo por el que se va a mostrar poseedor de un carisma que calará profundamente en toda la comunidad de enfermos. Frente a él, observaremos cómo Joachim, esclavo de su amor por el deber, se torna en un personaje potencialmente peligroso y agresivo en cuanto que no es garante de unos valores interiores. Este desequilibrio entre lo meramente formal y lo espiritual lo vamos a observar más plenamente desarrollado en el jesuita Naphta, quien mostrará una personalidad contradictoria e incompatible con todo deseo de afirmación. Naphta encarnará la negación, la invalidez incluso de la vida, algo que queda de manifiesto con su suicidio final⁶. En el otro

⁶ “El pensamiento de Naphta es romántico, su pasión revolucionaria es de índole trágica y conservadora. Naphta es un ser estigmatizado corporal y espiritualmente [...]. Naphta, en un supremo gesto se suicida otorgándole *seriedad absoluta* a lo que ha sucedido. En su debilidad, el pequeño, el feo, el horrible Naphta, encuentra su punto fuerte” [COSACOV 2001: 176].

extremo observaremos a un Settembrini poseedor de una naturaleza que le hará poner en peligro su existencia por un exacerbado, y pese a ello muy noble, sentido del honor. Será Hans, en definitiva, en la medida en que aguanten sus fuerzas, el único que logrará conciliar las diferentes polaridades encarnadas en cada uno de sus compañeros.

Como en toda novela de formación, y *La montaña mágica*, a su manera, lo es, se va a partir de un estado de plenas potencialidades, encarnadas todas ellas en la figura de Castorp, cuya evolución completa podrá llevarse a cabo, no sin el correspondiente peligro, mediante la superación de una serie de etapas de desarrollo interior. Castorp encarna al individuo de toda una época, ingenuo por momentos, desalentado a su vez en no pocos periodos de fatiga e incomprensión. La sociedad moderna, con sus mecanismos anestésicos desvinculados en buena medida de la voluntad del individuo, sólo llegará a sanar cuando actúe como organismo vivo y no como mecanismo más de un sistema que le succiona la sangre y le agota:

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

“Nuestro periodo -leemos en la obra de Sigfried Giedion- exige un tipo de hombre capaz de reestablecer el equilibrio perdido entre la realidad interior y la exterior. Este equilibrio, nunca estático pero, como la propia realidad, sumido en un cambio continuo, es como el del bailarín sobre cuerda floja que, mediante leves ajustes, mantiene el equilibrio continuo entre su ser y el espacio vacío. Necesitamos un tipo de hombre que pueda controlar su propia existencia mediante el proceso de contrapesar fuerzas a menudo contempladas como irreconciliables: un hombre en equilibrio perfecto” [GIEDION 1978: 718].

Las potencialidades latentes de cada ser humano sólo podrán desarrollarse una vez quede expuesto al mal que le acecha. El sanatorio, visto así, se comprende como espacio necesario, como lugar de acumulación de la savia que más adelante habrá que entregarse a la vida

como tributo, como pacto con ella.

Hay en todo ello un deseo de reivindicar la necesidad de que el hombre realice su vida en comunidad, comprendiéndose paralelamente como individuo errante e inútil cuando sólo actúa por y para sí mismo. Se revela así el sentido individual como un poner en movimiento los tesoros que cada uno logra extraer de su interior, al tiempo que se toma de aquí y de allá todo aquello que la colectividad pone, aun inconscientemente, a disposición de los demás. En este compartir colectivo y en el dinamismo de la cadena formada reside el secreto de la evolución interior, sólo eficaz y gratificante desde la conciencia social.

2. CONCLUSIÓN

Cuanto aquí hemos contrastado pone de manifiesto la llamada que hace el autor con vistas a despertar la responsabilidad propia del hombre en cada una de sus acciones, las cuales deben venir motivadas no por un estado de obediencia ciega, sino por una convicción que, a su vez, se lleve a cabo de modo natural, tal como observamos en Hans Castorp en los primeros tiempos de su estancia en el sanatorio. El entramado de fuerzas que hemos comentado, obedece, en definitiva, a un conjunto de inercias que resulta conveniente frenar y redirigir cuando son arrastradas hacia la deshumanización. Con todo ello, Mann realiza una llamada de alerta al considerar que el hombre, pese a toda la buena intención que uno tenga, es débil en comparación con la energía que puede desplegar el dinamismo del mundo, o simplemente el amor. Por esta razón, quien sale del sanatorio acabará regresando allí o morirá fuera de él; por eso mismo a Hans Castorp le resulta imposible luchar indefinidamente contra el entorno que le rodea y, por un motivo muy diferente pero de igualmente inmenso poder, decide permanecer enfermo a la espera del regreso de la mujer de la que queda enamorado, Madame Chauchat. Inequívocamente, tras estas ideas enfrentadas al espíritu de deshumanización y a la fragmentación de la vida, tras unos conceptos existencialistas alusivos a

la responsabilidad del individuo, Mann pretendió despertar la conciencia de sus lectores ante la perspectiva de una realidad que se afanaba hasta límites insospechados por manifestar sus aspectos más decadentes y autodestructivos, tal y como se pudo constatar en el desfigurado rostro con que presenciamos el pasado siglo.



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMIN, Walter, *Obras. Libro I. Volumen I*, Madrid: Abada, 2006.
- BERGSON, Henri, *Obras escogidas*, Madrid: Aguilar, 1963.
- BLOCH, Ernst, *El principio esperanza I*, Madrid: Trotta [Colección Estructuras y procesos], 2007.
- COSACOV, Gustavo, “De lo débil”, *Nombres. Revista de Filosofía*, 16 (2001), pp. 173-178.
- GIEGION, Sigfried, *La mecanización toma el mundo*, Barcelona: Gustavo Gili [Colección Tecnología y sociedad], 1978.
- JÜNGER, Ernst, *El trabajador. Dominio y figura*, Barcelona: Tusquets [Colección ensayo], 2003.
- KURZKE, Hermann, *Thomas Mann. La vida como obra de arte. Una biografía*, Barcelona: Círculo de lectores-Galaxia Gutenberg, 2004.
- MANN, Thomas, *La montaña mágica*, Barcelona: Edhasa, 2004.
- SCHOPENHAUER, Arthur, *El mundo como voluntad y representación*, Madrid: Trotta [Colección Clásicos de la Cultura], 2004.
- URIARTE, Fernando, “Thomas Mann: aspectos de un modo de novelar”, *Anales de la Universidad de Chile*, 116 (1959), pp. 23-33.
- VILLACAÑAS, José Luis, “La despedida del romanticismo en *La montaña mágica*”, *Cuadernos de Filología*, Anejos XVIII (1995), pp. 167-192.



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA